

BRUNO, Paula, PITA, Alexandra y ALVARADO, Marina, *Embajadoras culturales. Mujeres latinoamericanas y vida diplomática, 1860-1960*, Rosario, Prohistoria, 2021, 168 pp.

También estaban ahí. La historia de la diplomacia ha relegado en términos generales a las mujeres. Paula Bruno, Marina Alvarado y Alexandra Pita, integrantes del Grupo Interuniversitario sobre Diplomacia y Cultura, llevan tiempo empeñadas en dotar de una cobertura explicativa a las implicaciones de mujeres latinoamericanas en la vida diplomática. Se adentran en el debate sobre qué se entiende por historia de la diplomacia y de las relaciones internacionales y cómo la diplomacia cultural se incorpora con rasgos distintivos. En *Embajadoras culturales. Mujeres latinoamericanas y vida diplomática, 1860-1960* no solo rescatan casos de estudio, sino que también dan sustento metodológico a lo que defienden como un área de conocimiento.

Las mujeres, que hasta entrado el siglo XX no tuvieron acceso a la carrera diplomática, se desempeñaron en su papel de acompañantes: esposas de, hermanas de o madres de, y cuanto más, accedieron a tareas accesorias. En la esfera de la cultura, en las últimas décadas del siglo XIX salieron de los salones literarios, publicaron en periódicos y revistas (la peruana Clorinda Matto de Turner llegó a ser directora de *El Perú Ilustrado*) y participaron en movimientos políticos y sociales, defendiendo, entre otros, el acceso al voto. Cada vez con más frecuencia se desplazaban solas y solas se establecían en países ajenos. En la América Latina post independentista fue precursora la británica Mary Graham relacionada con la vida diplomática chilena y brasileña, mientras la norteamericana Fanny Calderón de la Barca fue avanzada entre las que acompañaron a sus esposos y tuvieron vida propia, como varias de las mujeres que integran *Embajadoras culturales*.

Paula Bruno, consciente de que en los estudios históricos las fronteras entre las áreas de conocimiento son lábiles, en el Estudio Preliminar rescata los hitos metodológicos y los objetivos de investigación que jalonan la trayectoria de mujeres, que desde posiciones sociales no hegemónicas se movieron en escenarios de influencia de la «vida diplomática» y acabaron por conquistar ámbitos monopolizados por hombres. En una perspectiva amplia propone áreas en las que las mujeres se desempeñaron en actividades y espacios de la diplomacia cultural, reconociendo a la historiografía anglosajona como la pionera en el estudio de mujeres y vida diplomática cortesana en la Historia Moderna. En el siglo XIX y décadas iniciales del XX se interconectaron espacios europeos y americanos y la Primera Guerra Mundial supuso un parteaguas en lo que atañe al juego de la diplomacia que se profesionaliza y se abre a la burguesía frente a la aristocratización de tiempos anteriores. Y en esta apertura las mujeres, con las estadounidenses en la avanzada, ganaron protagonismo desempeñando tareas «casi profesionales» como compañeras que se involucran y

participan de manera fehaciente como «agentes de diplomacia extraoficial». A partir de la segunda mitad del siglo XX la mujer tomó carta de naturaleza, no solo como agente de la diplomacia oficial *strictu sensu*, sino sobre todo interviniendo en movimientos amplios que cubren la lucha por los derechos civiles y otras reivindicaciones políticas y humanitarias. En clave comparativa, y para enlazar con las investigaciones que componen la monografía, advierte que para América Latina los estudios se encuentran en estadios iniciales con Brasil, México, Argentina y Chile a la vanguardia. Los tres trabajos de *Embajadoras culturales* tienen como denominador común, en la línea de la trayectoria de sus autoras, comenzar con una presentación de las coordenadas metodológicas sobre las que se sustentan de una manera retadora, revisando y trasgrediendo moldes sin dejar de reconocer los aportes previos. Las nueve mujeres que componen las tres partes del texto no son desconocidas y puede acudir a referencias historiográficas para descubrir perfiles de sus trayectorias. La aportación de las autoras es distinguirlas como diplomáticas culturales con sus posibles puntos de encuentro y sus diferencias.

La intención de Paula Bruno es mostrar a Eduarda Mansilla (1834-1892) y las hermanas Guillermina y Ángela Oliveira César (1870-1936 y 1860-1940, respectivamente) en su faceta de diplomáticas/mediadoras culturales. Mujeres consortes, madres, hermanas o amigas de, entraron en los intersticios de la vida diplomática y fueron capaces de establecer relaciones propias que activaron en el desarrollo de sus propias agendas. Los itinerarios ligados a la vida diplomática de Mansilla y las hermanas Oliveira César permiten a Bruno hacer algunas consideraciones. De las tres posiblemente sea Mansilla la de mayor recorrido historiográfico. Bruno hace una valoración global sobre cómo se incorporó al medio diplomático y cómo desde su lugar de consorte supo participar en espacios inusitados para una mujer argentina de su tiempo. Sobrina de Juan Manuel de Rosas, actor fundamental en la configuración política de la Argentina, su matrimonio con el diplomático Manuel García la llevó a su primer destino, Estados Unidos, estancia que dejó registrada de *Recuerdos de Viaje* publicado en Buenos Aires en 1882, que Bruno entiende como «un archivo para adentrarse en los interiores de la vida diplomática». Después fue París, donde su marido fungió como secretario de la legación con competencias también en Italia, España, Francia e Inglaterra. Allí retomó la pluma para publicar *Pablo o la vida en las pampas*, que le abrió puertas en los círculos literarios, que no pudo capitalizar al ser García destinado de nuevo a Estados Unidos, en esta ocasión como ministro plenipotenciario, lo que le dio posibilidad de ejercer de anfitriona y ser recibida en las citas diplomáticas y sociales acordes a su nuevo rango. Tras un nuevo tiempo en Europa, retornó a Buenos Aires sin su marido y allí recrearía los modos de la vida diplomática que había conocido y escribiría en medios periodísticos. Guillermina Oliveira César fue en su época la señora de Wilde, un diplomático amigo del presidente Roca, con el que recorrió países de América, Europa y Asia a la «sombra de su marido» que la caracterizó en *Por mares y por tierra* como su apéndice sin admitir que durante décadas cultivó relaciones sociales en ámbitos culturales, al punto que

Bruno recoge la expresión de «ilustre embajadora» con que en algunos medios se la definía y la reivindica como articuladora entre Argentina y el exterior.

Mansilla y Guillermina Oliveira César entran en la categoría de «damas diplomáticas», acompañantes y a la vez reconocidas como «dignas representantes» de sus países. Tuvieron capacidad y habilidades para incorporarse a salones aristocráticos europeos y americanos, y en ese sentido fungieron como intermediarias de sus países repúblicas. A través de Mansilla y Guillermina Oliveira, casadas con dos diplomáticos y que pudieron codearse con personajes del más alto nivel social, incluidos reyes y miembros de la nobleza, se pueden advertir ciertas particularidades del servicio exterior latinoamericano, más bien del argentino, en las décadas finales del siglo XIX y la importancia de la «familia diplomática». Masilla era esposa de un diplomático, su hermano fue ministro plenipotenciario en varios países europeos. Igualmente perteneció al cuerpo diplomático el marido de Guillermina Oliveira y dos de sus hermanos, que lo eran también de Ángela, que actuó con cierta autonomía y sin contar con apoyos oficiales. La singladura de Ángela no estuvo vinculada a la de su esposo y se la caracterizó como «matrona respetable» o «distinguida señora» hasta que comenzó a despuntar en entramados del pacifismo transnacional.

Chile es el país de las tres mujeres de las que se ocupa Marina Alvarado: Carmen Bascuñán Valledor (1833-1911), Emilia Herrera y Martínez (1824-1916) y Amanda Labarca (1886-1975). Desde la década de 1830 se sentaron las bases de una república que consiguió una relativa estabilidad política en relación con otras de América Latina, y la educación fue uno de los pilares de la trama institucional sobre los que se asentó una oligarquía de modos de ser aristocráticos. Para explicar su inclusión en la vida diplomática Alvarado utiliza las expresiones de «intradiplomacia» y «oficio diplomático». La primera refiere a estrategias de socialización y construcción de redes personales y se ejercía en el ámbito privado; la segunda a asignaciones para ser cumplidas por mujeres consortes o que se desempeñaron en tareas vinculadas a la diplomacia. Se propone seguir el itinerario de mujeres que sin tener nombramiento para realizar trabajos diplomáticos ganaron espacio en ese ámbito. La que pisa terreno menos firme y sobre la que ha quedado menos rastro documental es Bascuñán, esposa de un representante oficial de Chile y que por pertenencia a una familia de la oligarquía se movió con soltura en distintos espacios diplomáticos. Su marido, Alberto Blest Grana, fue un novelista cotizado en su tiempo y representó a su país en Washington, Londres, y en París durante casi 20 años. Alvarado entiende que entra en los parámetros de dama diplomática, a la par que Mansilla y Guillermina Oliveira César, porque hay indicios de su presencia en tertulias, salones y organización de eventos. Mayor es la huella de Herrera que ha quedado registrada en su trabajo continuado por mejorar las relaciones con Argentina. Lo hizo acogiendo a exiliados políticos y colaborando en la resolución de disputas de límites entre los dos países vecinos. Labarca sí fue una «profesional de la diplomacia», producto de los avances del sistema educativo chileno que posibilitó su acceso a una cátedra universitaria, y una feminista militante que fundó organizaciones en defensa de los derechos de la mujer. Su presencia e intervención en organismos internacionales se concretó en la

invitación de la Subsecretaría de Educación de Colombia, país en el que desempeñó acciones de mediadora cultura, y en el nombramiento como jefa de la División de la Sección de la Condición Jurídica y Social de la Mujer en la Organización de Naciones Unidas. Fue agente de la «diplomacia cultural no estatal» y en su caso sí se cuenta con documentación especializada que confirma los estadios de su trayectoria.

Alexandra Pita prima la interrelación entre mujeres de distinta procedencia en torno a objetivos comunes. Las mexicanas Concha Romero (1900-1987) y Palma Guillén Sánchez (1898-1975) y la chilena Gabriela Mistral (1889-1957) coincidieron en diferentes ocasiones entre 1920 y 1950, se apoyaron y compartieron con otras mujeres la conformación de redes intelectuales transnacionales y la participación en entidades internacionales de cooperación. En medio de dificultades relacionadas con su desconocimiento de la burocracia, las obligaciones del protocolo (que incluía proyectar una imagen adecuada en el vestir y en el cumplimiento de rituales), y la remuneración por sus cargos, las tres consiguieron la autonomía suficiente para hacer una carrera ascendente y reconocida en tiempos en que se configuraban y ampliaban organismos de cooperación internacional. A diferencia de otras mujeres tratadas en el texto no fueron consortes (si bien Palma estuvo casada) y no tuvieron hijos, lo que dio un cariz diferente a su comportamiento. Pita constata el paso de Mistral de representante de cooperación intelectual a cónsul honoraria y después vitalicia de segunda categoría. Escritora de prestigio probado (Premio Nobel de Literatura en 1945 y Nacional de Literatura de Chile en 1951) se movió en terreno proceloso en política que encaró con el apoyo del presidente chileno Aguirre Cerdá. Guillén comenzó su carrera diplomática como embajadora en Colombia y Dinamarca y después fue asesora de la legación mexicana en la Sociedad de Naciones. Romero desempeñó su actividad en la Unión Panamericana, surgida de la primera conferencia panamericana celebrada en Washington entre 1889 y 1890 y antecedente de la Organización de Estados Americanos, en funciones de cooperación e intercambio cultural. Paralelamente difundió en la prensa distintas actividades de los movimientos de mujeres, identificándose con la lucha por sus derechos, pero sin desafiar al sistema.

La investigación sobre este tipo de mujeres, y así lo constatan las tres autoras, se topa con las limitaciones de las fuentes diplomáticas, que son parcas en cuanto a su inclusión. En los tres casos, libros escritos por familiares, o en ocasiones de su autoría, proporcionan contenidos desiguales sobre sus itinerarios y desenvolvimiento. La prensa, a la que acuden con insistencia, ofrece información puntual referida generalmente a actos sociales en el caso de las mujeres de diplomáticos y más prolija en el de las otras que la monografía incluye. Hay que valorar una característica de estas mujeres: su mirada observadora, la descripción minuciosa de personas, lugares, acontecimientos, y en general de facetas de la vida cotidiana que los diplomáticos pasaban por alto. En cualquier caso, las autoras no pretenden en esta ocasión elaborar biografías exhaustivas, sino levantar el silencio historiográfico que pesaba sobre la presencia de estas embajadoras culturales y potenciar su contribución al conocimiento transversal de realidades de carácter oficial y privado que las convierten en testigos ineludibles de tiempos y sociedades en cambio. Lejos de ser una investiga-

ción cerrada, posiblemente el gran capital de *Embajadoras culturales* es abrir caminos que incorporen a otras mujeres, que lejos de pasar desapercibidas se mostraron activas, y en el tiempo que les tocó vivir traspasaron el marco del supuesto orden establecido, bien en espacios tradicionalmente reservados a la diplomacia masculina, o bien ejerciendo ellas mismas funciones diplomáticas y ocupando puestos relevantes en el servicio exterior de sus países o en organismos internacionales.

Ascensión MARTÍNEZ RIAZA  
Universidad Complutense de Madrid

